

MIRET MAGDALENA

DE LA SOCIEDAD A LA COMUNIDAD (II)

en España: la *Pedagogía General*, del profesor A. Krickemans, de la Universidad Católica de Lovaine, y las *Cuestiones de Psicología*, del neuropsiquiatra profesor Leonardo Ancona, de la Universidad Católica de Milán. Y me encuentro sorprendido por la similitud de estas conclusiones científicas, con las reflexiones sociales hechas por mí en artículos anteriores, y esta similitud proviene de dos puntos de partida diferentes: la educación y la psicoterapia.

Piaget —el gran profesor ginebrino— se pone hoy, sin embargo, un poco sorprendentemente, en la línea de su antecesor de hace un siglo, Rousseau. Para él, el niño es un egoísta que poco a poco va haciéndose social: parte del individualismo a ultranza de la novela pedagógica *Emilio*, de Rousseau, para llegar en forma análoga a éste, a la postura social, expresada por el mismo Rousseau en su obra el *Contrato Social*.

En cambio, el psicólogo francés H. Wallon —uno de los más profundos de nuestra época— ha descubierto que los minuciosos análisis de Piaget son —a pesar de su fino cuidado— engañosos. «El autismo —la concentración en sí mismo— no es la disposición original del niño... Por el contrario, todos pueden comprobar la unión, por así decir, vital, que liga al recién nacido con su contorno social; muy pronto se descubre en él un contacto humano con la cara amiga, que se traduce en la sonrisa del niño y su mirada perdida en la de la madre, porque depende —mucho más que el animal— del medio social, del cual necesita para poder utilizar las cosas de su contorno en vista de su conservación y desarrollo propios; todas sus capacidades y actividades están orientadas hacia la frecuentación del prójimo» (A. Krickemans, o. c.).

El ser humano no es tan espontáneamente egoísta como se ha dicho, ni mucho menos. Por eso las sociedades —cualquier tipo de sociedad— no pueden ser organizadas como una suma de egoísmos individualistas que luchan en despiadada competencia; ni la Iglesia puede ser una organización de salvación egoísta; ni la familia, un clan cerrado a la sociedad; ni la profesión un egoísmo en el trabajo; ni la sociedad, en general, una organización disciplinaria que sólo encauce, más o menos rígidamente, la lucha despiadada de individuo contra individuo.

«La naturaleza —sigue diciendo Krickemans— nos orienta hacia las cosas; tenemos necesidad de aire para respirar, de materias inorgánicas, plantas y animales, para nutrirnos; sin la ayuda del prójimo no podríamos llevar tampoco una existencia digna del hombre; aún más, ni siquiera podríamos subsistir». Tan es así: «que todo hombre sano de espíritu siente este deseo de contacto social; no hay hombres enteramente asociales».

Así, si espontáneamente —luchando contra las trabas psicológicas y alienaciones sociales que se oponen a ello— hubiéramos desarrollado al hombre, y hubiéramos visto que «el núcleo más íntimo del hombre, la capa más profunda de su personalidad... tienen un carácter positivo», y que éste carácter positivo «debe ser considerado como social por naturaleza» —como afirma el psicoterapeuta americano Carl Rogers—, otra cosa hubiera ocurrido a la Humanidad.

En una sociedad los lazos de unión son fríos, egoístas. En una comunidad, en cambio, según concluye Krickemans, «se renuncia gustosamente al placer e intereses propios en beneficio de valores comunes más elevados». Por eso, dado que somos realmente, radicalmente sociales y no despiadadamente individualistas como resultamos por la falsa educación capitalista de corte egoísta recibida, «a los hombres de nuestra época... se nos pide que nos esforcemos conscientemente por realizar la comunidad que se basa en reglas de vida objetivas». Todo «familias, asociaciones profesionales, pueblos y Estado; en resumen, la Humanidad

Abro las páginas de dos libros recién editados por HERDER

entera, debemos desear que adquiera el carácter de comunidad», que se eleve de su estadio egoísta, falsamente humano y sólo adquirido por una equivocada educación asocial, que es inhumanamente competitiva, hasta llegar al estadio espontáneamente humano, que vemos ya en el niño —según Wallon— y que pone un cierto valor comunitario por encima del egoísta individualista. El ideal —no la utopía irrealizable— es, por tanto, que «el negocio, la profesión, la vida de sociedad y el estado sean elevados al rango de comunidad». Y mientras esto llega, nos conformaremos con una convivencia de sociabilidad, cortesía y tacto, que sólo es provisional, y nunca el único ideal o meta alcanzables por el ser humano.

Así piensa una sana pedagogía, como la actualmente científica, incluso la proveniente de una cultura como la occidental, demasiado marcada, sin embargo, hasta ahora por los valores del egoísmo competitivo, olvidando que «estimular la rivalidad equivale al cultivo exagerado de hacerse valer, y ello en detrimento del amor y de la disposición de servir». Con ese falso estímulo competitivo «podrán conseguir —como dice Krickemans— calificaciones excepcionales, pero a expensas de valores mucho más importantes».

En el libro del profesor Ancona —redactado por un equipo de especialistas— se contiene otro trabajo de gran importancia: el del profesor E. Spaltro que habla de la dinámica de los grupos. Y descubre otro factor de auto-desarrollo humano de importancia decisiva hoy, y es que «la educación formativa, el proceso de mejoramiento del individuo, necesita la pertenencia al grupo... (aunque) no como medio de conformismo», tal y como se estilaba en las sociedades de consumo como la americana. Porque no se trata por la convivencia de grupo de hacer autómatas bien adiestrados, sino hombres que saben alliar lo social y lo individual, sin complejos paralizadores ni objeciones falsas, hábilmente suministradas por el egoísmo de los grupos de poder social, económico, cultural o religioso.

A la vida de un grupo —el que sea— se le pueden marcar estas etapas: una época de disgregación, de atomismo social, a la que le sucede otra de fuerte relación interpersonal. Pero esta última etapa no se consigue de un salto; necesita el intermedio de un líder. Está probado, tras una gran experiencia del funcionamiento de los grupos, que es preciso un líder provisional, porque «el líder es el primer medio que sirve al grupo para realizar su unidad», aunque es sólo un instrumento al servicio de grupo. Por eso, este líder —según el psicoterapeuta inglés A. Foulkes— debe tener una función «no-directiva, sino catalizadora», que llegue, en la fase final del grupo psicoterapéutico, a «renunciar a la función de líder permanente, principalmente en el momento en que los niveles del grupo le piden que ejerza esa función». «Con esta renuncia se realiza la transformación de un grupo que esté centrado en el líder, en un grupo centrado en el propio grupo»; por eso «interviene únicamente cuando el grupo amenaza disolverse, o presentar procesos patológicos». El ideal de madurez en el hombre requiere esta educación —como pedía Juan XXIII— para la libertad, superando el paternalismo y ejercitándose en la libertad, porque sin su ejercicio no hay verdadera preparación para ella.

Nosotros debemos ir a sociedades, en lo profano y en lo religioso, en lo educador y en lo social, que se conviertan en comunidades, para que el hombre de inmaduro llegue a ser maduro.

En una palabra, la fórmula, se mire como se mire, es bien sencilla: el ser humano —contra lo que se ha dicho— tiende a una socialización que hay que hacer científica, por exigencia de los tiempos, superando los estadios ingenuos puramente utópicos, y esta socialización debe fomentar —para ser humana— lo espontáneo y participador del hombre concreto, lo mismo sea inteligente que romo, religioso que incrédulo.